
Un médico a la medida de su comunidad*

*Doctor José Francisco Socarrás***

La ciudad de los Santos Reyes

La guerra civil había diezmado las ganaderías de la rica provincia y la población entera pagaba con creces el horrendo pecado de la contienda fratricida. Muchas familias, antes en la holganza arrostraban con estoicismo pobreza vergonzante. Se caía a pedazos la antigua ciudad colonial, cerebro y corazón de extenso territorio. La propia plaza mayor mostraba solares que eran otros tantos estigmas de la situación afflictiva. Como el techo se había hundido en algo más de la mitad, por la vasta tronera la iglesia parroquial miraba realmente al cielo, exponiendo a la intemperie el muñón acusador de la torre casi a ras de piso. El espectáculo del templo era lastimoso. Los muros aparecían carcomidos por los alisios y las lluvias torrenciales, e igual las altas columnas talladas en troncos de árboles seguramente centenarios. Los altares, obra auténtica de la artesanía nativa, no ostentaban ya el brillo del dorado. En el piso, de anchas baldosas de barro cocido medio se hundían las lápidas de mármol que contaban el breve tránsito por este mundo de quienes fueran personas influyentes en la región.

En la calle principal, en otros tiempos consagrada al Rey, menudeaban también las ruinas y, siguiendo en dirección al cementerio, podían descubrirse en un buen trecho los cimientos de construcciones desaparecidas, que por su disposición y tamaño proclamaban la fortuna de quienes las habitaran. Los conventos de Franciscanos y Dominicos yacían por tierra, convertidos en informe amontonamiento de escombros, igual que la mayoría de las casas de habitación que los rodeaban. Las paredes maestras y la fachada de la iglesia de San Francisco, no obstante el deterioro, atestiguaban todavía la vana ilusión de construir para la eternidad que anima a ciertas empresas humanas. La iglesia de Nuestra Señora del Rosario, resto intacto de la fundación dominicana, era la única que permanecía en pie. Estaba construida según el estilo mudéjar con fondo románico, común a los templos que reemplazaron las improvisadas cabañas de que se sirvieron

los primeros adelantados y capitanes para tomar posesión de la tierra conquistada, no sólo a nombre de la Corona sino también de Cristo.

En plazas y calles apenas si quedaban trazos del uniforme empedrado. Las lluvias habían excavado canjilones pedregosos o acarreado escurridizos arenales. Honda acequia partía diagonalmente la plaza mayor, alfombrada casi todo el año por el abrojo tenaz de florecitas amarillas. Al menor aguacero el afrentoso zanjón se transformaba en amenazador torrente. De los faroles municipales no quedaba ni el rastro. El agua para el uso doméstico se traía del río Guatapurí en barriles que transportaban trotadores borriquillos, y se guardaba en tinajas y alcuza que la conservaban fresca y con un grato sabor de fuente montaraz. En el mismo río tomaba la gente el baño diario, aunque las señoras principales preferían hacerlo en casa, para lo cual se prestaba a la maravilla la bangaña indígena, hecha de maderas olorosas y livianas. Sólo una que otra mansión de personas acomodadas se daba el lujo de tener retrete con hoyo en tierra y burdo cajón de madera.

El rostro de la pobreza

Los dos barrios de la pobrería, el "Cañaguante" y el "Cerezo", de casas de bahareque con techumbre pajiza y piso de tierra apenas emparejado, acusaban las huellas del común abandono. En ellos solían hallarse viviendas semidestruídas, con la cubierta a pedazos o con las paredes apuntaladas desde afuera para mantener los horcones en equilibrio inverosímil. No había sitio de la ciudad donde no asomara la maleza y no faltaban las ruinas cubiertas de matorrales, abrigo de las más diversas alimañas.

Los caminos vecinales había venido a parar en tortuosos senderos, incluyendo el camino real. Este comunicaba la región con las ciudades costaneras, había sido la vía de penetración durante la Conquista y ruta abierta a la colonización desde fines del siglo XVI. La primitiva calzada, amplia y recta en buena parte, zigzagueaba ahora estrecha y obstruída por numerosos obstáculos. Donde cayera un árbol o la erosión cavara una torrentera, las cabalgaduras tenían que descubrir el atajo de desvío, que en adelante substituiría al trazado original con los consabidos altibajos, recovecos cascajosos y

*Conferencia dictada el Día del Médico

** Académico Honorario

traicioneros barrizales. Los peor librados eran los caminos de penetración a la Sierra Nevada de Santa Marta. Alcanzar a San Sebastián de Rábago implicaba correr más de un peligro. Ni pensar en mantener el vado de los ríos, el cual cambiaba con cada creciente. El Guatapurí, río tutelar de la ciudad, hacía de las suyas todos los años.

La pobreza afectaba otros aspectos de la vida cotidiana. Los olanes baratos y el lienzo burdo vestían a la generalidad de los habitantes. No pocos iban con el pie en el suelo o a lo sumo con modestas abarcas de cuero crudo de res. Los más afortunados calzaban zapatos ramplones de lona y suela de cuero a medio curtir. La alimentación había sufrido menos que la vivienda y el vestido. Como la tierra allí rendía multiplicado el esfuerzo que se le entregaba, cada cual poseía pródigo pegujal de pan coger. La caza y la pesca suplían abundantemente la carne vacuna que escaseaba, y las frutas silvestres de toda especie se apiñaban en la mesa de ricos y pobres.

Un hombre en la ciudad

La ciudad a que vengo refiriéndome es la de los Santos Reyes de Valledupar y, por la época a que aludo, era el doctor Juan Bautista Pavageau la persona más acatada y querida de sus moradores y de quienes habitaban la región circunvecina. Médico, lo mismo que su padre, de quien heredara la pobretona clientela, el doctor Juan, como lo llamaban cariñosamente sus coterráneos, venía de aquel señor Pavageau, por muchos años vice-cónsul de Francia en Cartagena, que figura en el testamento del Libertador por cuanto éste le confió el cuidado de su archivo personal. Los antecesores de los Pavageau habían sido colonos franceses en Santo Domingo, desde donde sus descendientes se fueron a Francia o se vinieron a Jamaica, a raíz de las guerras de independencia. De su padre Tomás sacó el doctor Pavageau el hilillo de sangre negra que le corría por las venas, el cual era notorio en su cabello risado, precozmente canoso, y en ciertos rasgos de la fisonomía, bastante angulosa y siempre austera, aunque comprensiva y bondadosa con sus pacientes, notoria en la expresión de los ojos castaños que miraban detrás de gruesos lentes sin aro.

El respeto y el cariño colectivos hacia el doctor Pavageau tenían su razón de ser en la libertad y desvelo con que el generoso galeno ejercía su noble profesión. De ello daba fe su jornada de todos los días. Cristiano viejo, se levantaba muy temprano

para oír la misa del alba. De regreso a la casa, lo esperaban el desayuno frugal y el clamor de quienes lo requerían. También encontraba a la puerta, ya pronto y enjaezado, el manso caballo que lo conducía al través de la población, en un diario peregrinaje del cual sólo recogía la satisfacción del deber cumplido y la gratitud de las gentes. En las ocasiones en que salía a pie, portaba sobrio bastón, único signo distintivo que se permitía y, en verdad, recurso indispensable por la cortedad de su vista.

En cada casa visitada el doctor Juan descendía de la cabalgadura, amarraba ésta del cabestro a los barrotes de una ventana, penetraba a la habitación ordinariamente a oscuras donde yacía el paciente y llevaba a cabo minuciosa y concienzudamente el acto clínico, clave del buen ejercicio de la medicina. Por esa época, el interrogatorio minucioso del enfermo y sus familiares, el ojo zahorí, el oído educado y atento, el tacto sutil, debían ser suficientes para aprehender cuanto denotara de anormal la historia y el exterior del cuerpo, así como los cambios del estado y funcionamiento de los órganos internos. Fuera del termómetro y del estetoscopio de Laenec, no había otro instrumento al alcance del médico practicante, y hasta las oscilaciones de la tensión arterial debía apreciarlas la pulpa de los dedos. De allí que el doctor Pavageau interrogara con cuidado, escudriñara con esmero y palpara y auscultara poniendo en ello los cinco sentidos.

La hora del crepúsculo hallaba al doctor Juan repitiendo incansablemente el monótono recorrido. Si un caso de urgencia lo reclamaba en el curso de la noche, de ordinario parturientas en trance desesperado, el doctor Juan acudía aprisa, y entonces alguien tenía que alumbrarle el camino con humeante lámpara de petróleo, y prestarle apoyo para que salvara los malos pasos. En las noches sin luna, la ciudad no contaba con otra luz que la de las estrellas, e implicaba cierta temeridad arriesgarse por sus calles escabrosas.

De médico a boticario

Después de cada salida el doctor Juan cambiaba los hábitos de médico por los de boticario. Y, en ocasiones, por los de odontólogo. Nadie en la ciudad barruntaba acerca de tales menesteres y el bueno de nuestro hombre había echado sobre sí la responsabilidad de llenar semejantes vacíos en la difícil vida colectiva. Como odontólogo se limitaba a extraer piezas dentarias, lo cual se practicaba entonces sin anestesia.

Se me olvidaba decir que el doctor Pavageau habitaba una vieja casona colonial, existente aún, que ocupa una de las esquinas de la plaza mayor. La fachada que mira hacia ésta se compone de pesada arquería de calicanto y encima un balcón, cuyo tejadillo se apoya en columnas de madera. Del lado de la calle, el balcón es volado y lo sostienen gruesos canes empotrados en el muro. Como las viviendas de su estilo, la casa tenía habitaciones amplísimas y recámaras penumbrosas. La escalera principal, encajonada entre dos paredes, no desentona en el conjunto de memorable prestancia.

El doctor Juan tenía el consultorio y la botica en la planta baja, y allí pasaba no pocas horas componiendo las fórmulas magistrales que él mismo prescribía. A mí me encantaba contemplarlo tomando las medicinas de aquellos hermosos frascos de antaño, en los que el nombre del remedio estaba enmarcado entre arabescos de colores y gruesas líneas doradas al fuego. Manejaba cuidadosamente la balanza cuyo equilibrio sus ojos miopes adivinaban más que percibían y mezclaba sabiamente polvos, hojas secas, elixires, tinturas, jarabes, en los morteros de porcelana o en las copas de vidrio graduadas. ¡Cuántas drogas olvidadas, en las que nuestros antecesores ponían toda su fe y no pocas esperanzas! A la memoria me vienen unos cuantos nombres de sabor exótico, a cuyo conjuro mi imaginación infantil exaltada por la fiebre, emprendía viajes por países de susto o de agradables quimeras: el acónito, el jaborandi, la quinquina, el árnica, la genciana, la cáscara sagrada, el hamamelis, el cólquico, el eneldo.

Los he mencionado exprofeso porque sé que los labios de algunos colegas se fruncirán con irónica sonrisa. Salta a la vista la pobreza de los recursos terapéuticos de hace cincuenta años en comparación con los que ahora manejamos. Más de uno de nosotros se preguntará cómo hacían para curar quienes nos antecedieron en la práctica de la medicina con medios tan menguados. Lo cierto es que curaban. Curaban con todas las limitaciones que el vocablo entraña. Ocurre que aún hoy, y seguramente así será mañana, llenamos nuestra misión, mitad a base de conocimientos científicos sólidamente establecidos, y mitad merced a la decidida voluntad de curar que nos posee, como encarnaba el dios en la Sibila. Bendita voluntad que nos permite inducir en los demás el deseo de luchar contra las inmanentes amenazas de la muerte, y triunfar sobre el dolor casi siempre, y con frecuencia sobre la enfermedad y la invalidez.

Un código para un hombre

Había épocas del año en que al doctor Pavageau le tocaba multiplicarse. Durante el tórrido agosto llegaba la muerte a recoger su cosecha de niños con la multiplicación de las infecciones intestinales; y al promediar diciembre venía nuevamente a cumplir su fatídico encargo, esta vez sin respetar edades. Hacía su aparición del brazo de la malaria, a veces en su tipo más grave. Las lluvias de octubre y noviembre dejaban aguas estancadas por doquier y el zancudo trasmisor prosperaba a sus anchas. Pero, como en diciembre llegaba también el viento del nordeste, a él atribuía el común lo que llamaban las “fiebres navideñas”, quizás por aquello de que esa brisa nómada, que recorre leguas sin perder el aliento marino, destempla no tanto el cuerpo como el ánimo. El doctor Pavageau por esta época apaciguaba nuestros males con pócimas amargas de quinina, que bebíamos en ayunas de un sorbo y que los niños recibíamos entre gemidos y protestas bajo la mirada severa y vigilante de las madres.

Nada detenía al doctor Juan en el cumplimiento de sus deberes. Durante el verano se le podía topar a caballo en los caminos polvorientos, bajo el sol canicular del trópico, yendo de un villorrio al otro. En algunos sitios lo sorprendían esas tempestades que se desatan repentinamente en nuestras tierras cálidas y durante las cuales los senderos se truecan en avenidas que arrastran peñascos y troncos de árboles. En tiempo de lluvias únicamente era posible vadear el Guatapurí en rústica y bamboleante tarabita y en el Cesar las frágiles canoas que lo cruzaban, aventurándose en la peligrosa travesía de aguas desbordadas. Nuestro predecesor sorteaba todas estas asechanzas de la naturaleza hostil con tal de salvar una vida. Con idéntico ánimo actuó durante la espantosa guerra civil de 1900. De ideas tradicionalistas muy arraigadas, no siguió a ninguno de los dos bandos en disputa y veló por todos sin que sentimientos partidistas u otros perturbaran su natural caritativo y pacífico.

El doctor Pavageau poseía las virtudes esenciales de nuestra orden. Y ciertamente que formamos una orden. Es propio de ella, por ejemplo, el afán de enderezar entuertos por el prurito de enderezarlos. Si no, ¿cómo explicar el abandono que hacemos de nosotros mismos, y frecuentemente de quienes nos son más allegados, en provecho de seres a los cuales sólo nos liga la necesidad que tienen de nuestra ayuda? El doctor Juan vivió su larga existencia en función del grupo que hizo suyo desde el

comienzo de su carrera. Nadie en muchas leguas a la redonda enjugaba más heridas, consolaba más dolores, aliviaba más padecimientos.

Hogar, que le abría las puertas a mi tío Juan, podía estar seguro de que su integridad moral no sería afectada ni con un mal pensamiento. Palabra que se le comunicara se convertía en secreto guardado bajo siete sellos. Al voto que hizo al graduarse, agregó muy poco, como promesa de reserva, a su natural discreto y prudente. Enfermo que quería su atención, pasaba a ser alguien en quien se centraban todos los dones de la dignidad humana. Próximo para entregársele sin límites era todo aquel que lo requería. A nadie se le pasaba por la mente, entre quienes lo conocieron, que el doctor Pavageau hubiera puesto en peligro una vida humana, ni siquiera en sus titubeos de principiante. ¿Para qué continuar, si el doctor Juan habría podido fijar las cláusulas insustituibles del viejo código que rige nuestra actividad profesional?

En lo privado el doctor Pavageau era asimismo paradigma de cuanto hay de noble en la condición humana. Dedicaba las horas que le dejaba libre el cuidado de los demás, a compartir con los suyos el remanso de un hogar apacible, a la lectura, a la música y a la oración. Todavía recuerdo su magra figura paseándose lentamente a lo largo del vetusto balcón, la cabeza, que tocaba con gorro monjil, metida entre las páginas de la Biblia, o repasando textos de medicina mil veces repasados o renovando conocimientos o informándose del pretérito precolombino y colonial de su provincia, a lo que era muy aficionado, o también orando en voz baja con piedad sincera, mientras los dedos finos iban deteniéndose en las cuentas lustrosas de gastada camándula. También lo recuerdo encorvado sobre un pequeño armonio tocando música religiosa. No le conocí pasatiempos ni menos diversiones.

El doctor Juan era organista único de la ciudad, de manera que no había misa solemne ni festividad semejante, sin su presencia y colaboración. En mi memoria se atan de modo indisoluble la estampa del doctor Juan y la del templo de Nuestra Señora del Rosario. La fachada sin frontoncillo acentuaba los rasgos mozárabes de la torre de tres cuerpos, exagonales los dos últimos al igual del chapitel. El cuerpo en tres naves y el presbiterio y capillas colaterales se distribuían el espacio con proporción y gracia. El presbiterio remataba en alta azotea, que dejaba entrar la luz a raudales a través de claraboyas ovaladas. En la capilla del lado de la

epístola se situaba precisamente el doctor Juan, acompañado de los cantores. Yo solía distraerme con la ceremonia, a disgusto de mi madre, para admirar el juego de las manos del doctor Pavageau sobre el teclado, cuyo secreto aún no comprendía.

Todas estas cualidades y el hecho de haberme salvado la vida de muerte posible, contribuyeron a que mis ojos de niño lo miraran como a un ser extraordinario, y a que me forjara la fantasía de la inmortalidad de los médicos que tanta seguridad le infundió a mi infancia. En los balbuceos de mi pensamiento el doctor Pavageau era eterno como los picos nevados que hacen más reverberante el ámbito de la comarca; como el cerro de vetas graníticas que otea el panorama de la ciudad, que también creía eterna; como el rugoso cañagüate que en el traspatio de mi casa medía el curso de los años por la caída de las hojas y la floración amarilla azafrán de que se cubría periódicamente.

Arquitectos de un continente

La antigua ciudad colonial ha cambiado de estructura y ha mudado la piel, varias veces centenaria. Se ha agrandado vertiginosamente, como todas nuestras ciudades, y es hoy la capital del Departamento del Cesar. El monte de ayer alberga hoy barrios residenciales. La región ha adquirido un ritmo de desarrollo sorprendente. Todas las tierras han sido abiertas a la explotación agropecuaria.

Se amasan fortunas en un abrir y cerrar de ojos. La bienandanza de hoy ha hecho olvidar las aulas del ayer. La ciudad cuenta con moderno hospital y centro de salud que aligeran la tarea de quienes han sucedido al doctor Pavageau, cuya obra —¿cómo no reconocerlo?— obvió tremendos escollos al numeroso grupo al que se dedicó en cuerpo y alma. Sin embargo, son muy pocas las personas que saben algo de lo que él representó, y para recordarlo solamente existe la somera lápida que señala el lugar de su tumba en el modesto cementerio provinciano.

Colombia ha tenido muchos doctores Pavageau. Si lo he tomado como ejemplo de soldado desconocido de la medicina en nuestro país, es porque, a causa de honroso parentesco, estuve cerca de él en esa etapa de la vida en que personas y cosas nos impresionan para siempre. Los médicos sabemos que, aunque nuestro aporte es primordial, nuestro gremio constituye mínimo escuadrón en el ejército silencioso de hombres y mujeres que construye nuestra Amé-

rica. Como los más osados, hemos vivido, sin envanecernos por ello, el vértigo de los Andes ariscos y de los rápidos de anchurosos ríos, la soledad sin caminos de interminables selvas húmedas y el tedio de aldeas perdidas en páramos gélidos o en llanuras calcinadas por el sol ecuatorial. Un día, ojalá no muy lejano, llegará la prosperidad al Continente y, de seguro, cuanto hagamos de fructífero es decisivo para apresurar la alborada precursora. Para entonces, como en el caso del doctor Juan, escueta lápida funeraria, que no le dirá nada a nadie, recordará posiblemente nuestros nombres. No nos importe la falaz vanagloria. Hay para nosotros anticipada recompensa, esa sí imperecedera: ejercemos una profesión que se presta como ninguna otra para sembrar bondad a manos llenas, y la bondad se cuela hasta los almácigos recónditos donde el hombre se torna más humano, a fuerza de amar y ser amado.

El médico de familia

Me he detenido en el doctor Pavageau como ejemplo del médico de familia en nuestro ambiente rural. Ahora viene a cuento referirme a mis profesores de la Facultad de Medicina de la hoy Universidad Nacional, comprendido el Hospital de la Hortúa que reemplazó para el caso al antiguo Hospital de San Juan de Dios. La Semiología era la primera cátedra hospitalaria, a la cual debíamos enfrentarnos los estudiantes. Ella estaba entonces a cargo de los doctores José Vicente Huertas y Miguel Canales, especialista en cirugía el primero y en medicina interna el segundo. Ambos sobrados de conocimientos y experiencia y trabajadores incansables. Con ellos aprendíamos a examinar los pacientes de manera minuciosa, a valorar cada síntoma anatómico o fisiológico y a diferenciarlos de acuerdo con sus atributos de origen. Indiscutible que eran maestros en la exploración clínica y no se les pasaba por alto el trastorno más insignificante.

José María Lombana Barreneche, Roberto Franco, Carlos Esguerra, Miguel Jiménez López eran maestros en cuanto atañe a la Medicina Interna. Y nos enseñaron a diferenciar los cuadros clínicos de las diversas entidades patológicas, a diagnosticar en una palabra, para lo cual asume un valor particular conocer a fondo los síntomas de todas las enfermedades. También nos enseñaron cuanto se refiere a la terapéutica de cada caso, teniendo muy en cuenta el estado clínico del paciente. El doctor Franco era especialista en enfermedades tropicales. Yo cursé asimismo Psiquiatría con el doctor

Maximiliano Rueda, de quien recibí lecciones inolvidables. Al respecto cabe señalar que para graduarme presenté el primer trabajo hecho en Colombia, sobre “la Psicoanálisis”, como se decía entonces, con casos clínicos del “Frenocomio de la Calle Quinta”.

La Cirugía estaba a cargo de los profesores Pompilio Martínez, Juan N. Corpas y Jaime Jaramillo Arango. Como ocurre hoy, el diagnóstico clínico era si se quiere más exigente que para las otras enfermedades. En particular por lo que atañe a localización y zona corporal alterada por la enfermedad. Mis profesores actuaban con una prudencia poco común y no recuerdo equivocaciones importantes en sus intervenciones, no obstante que los Rayos X y otros sistemas de localización de tumores y demás apenas si estaban cobrando importancia en nuestro país.

En 1946 se me ofreció la oportunidad de hacer estudios de especialización en Francia, fruto de una invitación del profesor Paul Rivet, quien había trabajado en Colombia en la Escuela Normal Superior cuando yo la dirigía. Para el caso Rivet me consiguió una modesta beca del gobierno de su país. Estuve en París algo más de tres años dedicado al estudio de Neurología, Psiquiatría y Psicoanálisis.

En efecto, asistí al curso de Psiquiatría del profesor Jean Delay en la Clínica de “Alienés de l’Hospital Sté. Anne” y a las conferencias sobre la materia de los doctores Henry Ey y Paul Guiraud. En el “Hospital de la Salpetriere” fui discípulo de los profesores Alajouanine y A. Garcin y en el “Hospital des Enfants Malades” seguí de cerca las prácticas clínicas del doctor Serge Lebovici. Los trabajos científicos y las obras publicadas de todos ellos son excelentes. En “Sainte Anneo” fui asimismo discípulo de Julián de Ajuriaguerra. Allí con René Diatkin y Eveline Kestemberg pusimos en práctica el Psicodrama Psicoanalítico, del cual fuimos con Serge Lebovici los primeros que trabajamos la materia cambiando las ideas y la técnica de Moreno.

Desde el comienzo me llamó la atención que no pocos enfermos fueran acompañados por su médico de familia, quien iba asimismo a acrecentar sus conocimientos. El paciente era examinado primero por los Médicos Internos y el Jefe de Clínica, después presentado al Profesor quien discutía con ellos el diagnóstico posible. En unos casos se aceptaba el del profesional tratante y las observaciones

recaían sobre la terapéutica seguida, en otros sobre el diagnóstico y en algunos no se llegaba a otra conclusión que la de internar al paciente con el fin de practicar algunos exámenes que permitieran aclarar el diagnóstico. Todo lo anterior tenía lugar en presencia de los estudiantes, lo cual nos permitía profundizar nuestros conocimientos.

El Médico de Familia debe poseer hoy conocimientos Psicológicos indispensables para la práctica de la Psicoterapia. A propósito conviene recordar la notable experiencia realizada en Inglaterra por Kurt Lewin. Se tomó un grupo de pacientes con la misma enfermedad e idéntico tratamiento en cuanto a terapéutica y se le dividió en dos subgrupos. A uno se le practicó Psicoterapia y al otro no. Los pacientes que primero salieron adelante fueron los que recibieron ayuda psicológica, que era lo que tanto servía, sin saberlo, al Médico de Familia que brindaba apoyo y amor al enfermo, tal como lo ordena el primer mandamiento cristiano.

Me dirijo a quienes os encontráis en esta sala y a todos los que en este momento os hallais dispersos en la extensa y complicada geografía de la patria. Conozco de sobra vuestra modestia y no quería herirla diciendo en vuestro nombre la alabanza de nuestra profesión. Por ello preferí servirme de la vida de un

colega muerto hace muchos años. Sé que todos y cada uno de vosotros posee en grado eminente las virtudes que caracterizaron a ese humilde médico de provincia que fue el bondadoso doctor Juan. Seguramente, todos lo aventajáis en sabiduría, dado el salto tremendo que ha transformado nuestra profesión en los últimos tiempos, y a vuestras personales virtudes. Estoy seguro por descontado que vosotros aprobáis mi conducta al aprovechar el recinto de la Academia, para recordar a alguien que, como vosotros lo estáis llevando a cabo, sirvió a su pueblo sin regatear esfuerzos, y cuya memoria ha venido desapareciendo del corazón de sus olvidadizos paisanos.

El amor al prójimo es ley de nuestra profesión. En nuestro código moral hay mandato expreso de veneración para quienes hayan sido nuestros maestros y de cariño filial para quienes comparten nuestras faenas. Varios de vosotros habéis escalado sobresalientes y merecidas posiciones; la mayoría servís a la sociedad en los puestos de lucha, modestos unos e importantes otros, que ella os ha señalado. Todos cumplís vuestro deber a cabalidad y por ello quienes disfrutamos de modesto retiro os estamos profundamente agradecidos. En la hondura de nuestro ser sentimos regocijo porque hayáis logrado coronar con éxito las duras jornadas que motivan esta intervención.

FE DE ERRATAS

En relación con el trabajo SIDA TUBERCULOSIS LA EPIDEMIA DEL SIGLO XXI del doctor Gilberto Rueda Pérez y que apareció en el anterior número de la Revista, así:

- en la página 6a. cuadro No. 4. Tratamiento autoadministrativo; tercera columna; segunda fase dice: 10 semanas, debe decir DIEZ MESES.
- En la página 12, tercer párrafo, línea séptima dice: 1.0% debe decir 10%.